

EPISODIO O: La séptima noche

Autor/a: Martina Morell Gonzalo

Origen: Pucela, España

Publicada: 25 de mayo de 2003

Marco temporal: Antigua República - Invasión a Naboo

Genero: Drama, Romance

Resumen: "¿Quién no se ha preguntado alguna vez quien es el Emperador; de qué fuente bebe su maldad? El más inaccesible y el más misterioso de todos los miembros de nuestro Universo; nuestra historia no se habría escrito nunca sin su presencia. Pero detrás de la leyenda, late un corazón de hombre y este es su relato."

Todas las noches miro por la ventana con la esperanza de verte aparecer una vez más. Hace ya tantos años de aquello que ya no sé si eras un ser real o te soñé, pero daría todos los mundos que poseo por poder rozar levemente de nuevo el más oscuro de tus cabellos. Por tus labios he abierto mi alma herida a los caminos del mal y he buscado incansable en los libros del horror, el sonido de tu nombre. Pero la sangre derramada, los aullidos de los condenados, los mundos en llamas, no han sido suficientes para invocar tu aliento. Ahora que llega mi fin, y la venganza corre tras mis pasos invocando el nombre de la verdad; de nada me arrepiento, amada enemiga mía, si en el Lado Oscuro he de reunirme contigo.

El poder y la avaricia aún no habían corrompido mi idealismo de senador la noche que te vi por vez primera. Intranquilo por los sucesos del día, no podía dormir y daba vueltas por mi habitación inútilmente, repasando una y otra vez la mejor manera de ayudar al pueblo al pequeño planeta de Naboo, que agonizaba entre las garras de comerciantes sin escrúpulos y a su joven reina, Amidala, desesperada de ver sufrir a su pueblo.

Pensativo, me paré a meditar desde esta misma ventana donde te espero cada noche, sin mirar la belleza embriagadora de las miles de luces de la ciudad a mis pies. Por el rabillo del ojo vi una sombra que se movía, era como esas manchas que vemos cuando una luz cegadora nos deslumbra después de haber permanecido largo rato en la oscuridad, si intentaba fijar la vista en ella, desaparecía. Abrí la ventana para aspirar el aire nocturno de la noche y entonces la mancha cobró vagamente forma de mujer.

Estabas lejos de mí, medio oculta entre las pasarelas que comunican las múltiples terrazas de los edificios más altos de Coruscant. Quise verte mejor y me acerqué, corrí hacia ti como nunca he corrido, sin atreverme a llamarte, y por más que yo intentaba alcanzarte, saltando de nivel en nivel, tu permanecías siempre a misma distancia. Toda la noche pasé persiguiéndote por las principales avenidas de la ciudad sin estar seguro de seguir una mujer o una quimera. El sol me sorprendió sentado en un banco, en medio de una plaza desconocida. Sintiéndome un idiota llamé un vehículo y volví a mi lecho. A media mañana, cuando desperté, estaba convencido de que todo era una vaga ilusión producida por el agotamiento.

Pasé el día ocupado en otras cosas, la situación de Naboo, lejos de resolverse empeoraba día a día. Ni un solo pensamiento diurno te dediqué, señora de los deseos, pero atraído por una fuerza desconocida en la misma ventana te esperaba yo la noche siguiente, repitiéndome a mí mismo vagas excusas. Cuando ya no te esperaba, apareciste. Nuevamente te seguí, ahora podía verte con claridad pues la distancia entre nosotros era más corta. Ya no podía confundirte con una sombra ni con una ilusión, claramente la figura que aparecía ante mí era una mujer, una mujer desnuda sola y descalza por las calles de la ciudad. Caminabas errante, casi con

indiferencia parándote aquí y allá si algún detalle llamaba tu atención. Tu paso era leve, grácil y elegante, yo no me atrevía a acercarme a ti por miedo de que huyeras y ya no te volviese a ver nunca más. Las ciudades como Coruscant nunca duermen, jamás sus calles se vacían ni permanecen desiertas, pero quizá existen seres en el universo que portan en su corazón la semilla del silencio, pues a nadie nos vio ni a nadie vimos.

Aquel día no puede dormir ni concentrarme en ninguno de mis deberes políticos, todos los segundos los dediqué a intentar resolver tu misterio y cuando los consejeros hablaban de graves repercusiones políticas, yo no los escuchaba pues me sentía como si tu y yo fuéramos los únicos habitantes de un planeta desolado. Yo solo vivía para esperar el ocaso del sol.

La tercera noche, como un niño me oculté entre las esquinas de la terraza, esperando sorprenderte y averiguar algo más sobre ti. Me quedé traspuesto, no te vi llegar, pero cuando me obligué a abrir los ojos allí estabas, sentada en la barandilla de la terraza en un equilibrio imposible ante el vacío. Entonces pude observarte, hasta el alba te miré sin atreverme a respirar profundamente, pero tu no parecías darte cuenta de mi presencia. Cuanto más te miraba, más enigmática era tu figura, pues tu imagen es como las esfinges de los desiertos antiguos, siempre cambiante. Eras la mujer más bella que yo había contemplado nunca real o en imagen, infinitamente más hermosa que las absurdas estrellas de la holovisión. ¿Cómo definir tu rostro si en cada mirada tu expresión, siendo la misma, cambiaba por completo? Tus rasgos eran como las olas del mar, inmutables y variables, no hay palabras para describir tu cuerpo. Te miraba una vez y creía contemplar una chiquilla asustada de no más de quince años, parpadeaba y me parecía estar viendo una mujer en toda la espléndida plenitud de la madurez. Tan pronto la luz incierta de las farolas dibujaban un seno opulento y un cabello pelirrojo cayendo en cascada por los hombros, como parecían tus pechos dos manzanas prietas y maduras, y tu pelo el ala de un pájaro negro. Eras todas las mujeres y ninguna. Un solo segundo de debilidad cerré los ojos y desapareciste, y aunque pasé en vigilancia el resto de la noche no te volví a ver.

Por la mañana me sentía confuso y agotado, decidí por mi salud y por el bien de aquellos sometidos a mi responsabilidad política, no volverte a ver. Firmemente cerré las ventanas y corrí las cortinas, convencido en no pensar más en muchachas que desaparecen al amanecer. Qué equivocado estaba. Al poco de acostarme oí un ruido y desperté bruscamente, la ventana estaba abierta, la cortina entornada y un viento suave agitaba los visillos. Percibí un aroma perturbador, capaz de enloquecer los sentidos, incomparablemente más penetrante y embriagador que cualquier perfume, era el olor salino del mar, el olor de la mujer que desea un hombre, la esencia misma de la vida. Desde el fondo de la oscuridad unos ojos resplandecientes me miraban y arrastrándote felina como un gato te acercaste a mi cama.

-¿Quién eres? –te pregunté sorprendido por mi total falta de sorpresa.

-Yo soy el mal. –respondiste con toda sencillez.

Por más que me esfuerzo y aunque tus palabras se grabaron en mis oídos como un hierro candente, no recuerdo tu voz, ¿acaso se puede encerrar el viento?

Alargue una mano para tocarte, pero tú ya te habías ido, implacable torturadora mía. Si te imagine o eras real es algo que no me importa porque desde entonces mi única obsesión fue poseerte.

Mucho medité ese día, era el día del consejo, el Senado se reunía en pleno para decidir su postura ante el caso de Naboo. Yo era un hombre público, desde joven me había esforzado en emplear mi talento por el bien de mis semejantes, no por ambición personal. Pero si el mal podía ser tan hermoso y fascinante, ¿no estaría yo equivocado en rechazar su poder? ¿Es acaso posible sombra sin luz, noche sin día? El Lado Luminoso de la Fuerza es equilibrio, vida, creación mientras que el lado Tenebroso es caos, destrucción, muerte. ¿Puede florecer la vida

sin existir la muerte? La Fuerza es una en el cosmos, somos los seres llamados inteligentes quienes nos empeñamos en hablar del bien y del mal, cuando ambas son parte del ciclo eterno del Tiempo.

Estaba preparado para ti y sin saber tu nombre te llamé con el pensamiento a la caída del sol. Te acercaste a mi cama sonriendo sabiamente con una expresión indescifrable que no expresaba ninguna emoción humana. Me besaste, y tus labios eran ardientes como el plomo derretido y tu saliva quemó mi garganta. Puse una mano en tu pecho erguido, cálido y suave y gemiste con placer echando el cuello hacia atrás para que pudiese besar tu garganta. Me miraste, a los ojos me miraste penetrando en mi alma y pude darme cuenta de que eras una parte de mi ser, aquella bestia encerrada en el corazón humano a la que nunca nos atrevemos a poner nombre y que vive de nuestra carne acechando el momento oportuno para reclamar lo que es suyo. Al amanecer, firmé la sentencia de muerte de la reina Amidala, como un sacrificio en tu honor. Ella confiaba en mí y yo la entregué a sus enemigos Todo Naboo fue arrasado en la larga guerra que se desencadenó después.

Solo tuve que mirar dentro de mi interior para invocarte la sexta noche. Apareciste desnuda entre las sábanas y me acariciaste como ninguna mujer mortal puede hacerlo. Tus besos fueron más profundos y turbadores que los abismos infinitos del espacio, tu sabor era el de la carne mojada por el salitre de todos los océanos del deseo y cuando te penetré sentí hundirme en las profundidades de un lecho marino, infinitamente suaves y resbaladizas. Me dormí en tus brazos y cuando desperté ya no estabas y nunca más te volví a ver.

Desde entonces supe que yo pertenecería para siempre al Lado Oscuro y que nunca querría abandonarlo. En busca de tu amor me fui internando más y más en los poderes del mal, pagando el precio de la degradación de mi rostro y de mi alma, pero por más que te he dedicado pirámides enteras de miembros cortados y el clamor unánime de especies enteras de seres inteligentes, nunca más he podido acariciar tu piel. Cuando duermo sueño contigo y cuando despierto pienso en ti y por más que pase las noches apoyado en la ventana esperando ver tu sombra, me consumo en la espera.

El último tributo que puedo rendirte soy yo mismo; al otro lado de la sala me esperan la traición y la muerte. Nada de esto me importa si vuelvo a tu lado, en la séptima noche que no me diste.

FIN

por Martina Morell Gonzalo